

teria, á fin de que sobre ella ejerciten su accion y empleen su poder para convertirlo en pan que dé hartura á sus deseos. La felicidad, buscada en la materia y en la satisfaccion del sentido: hé aquí, dice San Juan Crisóstomo, el principio de la tentacion, el hambre, que es el deseo violento, la expresion capital de la sensualidad, el amor desenfrenado figurado en el apetito de un manjar (1). Esto es lo que propuso el demonio á Adan, y propone á sus hijos para separarlos de Dios: esto es lo que propuso á Jesucristo Hijo de Dios. Adan fué vencido, y dió ejemplo fatal á su descendencia: Jesucristo vence, y nos enseña á vencer.

El hombre, responde, no vive de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (2). La materia no le satisface. El hombre no es solo este cuerpo que vemos, es mas; es tambien el alma que le eleva sobre toda la creacion material, y si el cuerpo encuentra su satisfaccion y su vida en la materia, porque de ella fué formado, el alma, criada á imágen y semejanza de Dios, no puede encontrar la suya sino en el mismo Dios (3). Amontonad cuanto de maspreciado ofrece la tierra, sometedlo á mil trasformaciones, buscad la quinta esencia de cuanto en ella halaga á la sensualidad, poseedlo todo, gozadlo todo; no sereis felices. La hartura no pasará del sentido y la imaginacion; el corazon, el alma no se satisface, su hambre es la misma de antes, mayor si cabe, porque la irrita y exaspera esa misma impotencia de cuanto la rodea exteriormente. El hombre, imájen de

(1) Fames certaminum inchoatio. Fames, inquam, violenta cupiditas: fames voluptatum caput. Cibi enim desiderium effrenis amor. (S. Joann. Chris. in cap. IV Matth.)

(2) Matth. IV, 4.

(3) Sicut corpus humanum non vivit sine terreno cibo, ita et anima vivere non potest sine Dei Verbo. (Raban. in Cat. aurea.)

Dios en su alma, no puede tener vida si no es conforme á su original, si no la recibe del Verbo (1), de la palabra de Dios, que es la verdad y el bien, alimento del alma, que la aproximan á Dios su principio y su fin, y fijando su aspiracion en Dios mismo, de cuya accion depende, y á quien se une por la práctica de las virtudes, que la hacen semejante al mismo Dios (2).

Esta es la primera victoria de Jesucristo, que nos muestra el arte de alcanzarla nosotros, introduciendo en nuestra alma esa gran verdad, ese gran principio de regeneracion. No desiste sin embargo el enemigo: le lleva al templo y le coloca sobre su pináculo (3). Jesus se deja llevar para vencer otra vez al tentador con glorioso triunfo (4). Si eres Hijo de Dios, arrójate abajo, porque escrito está, que los ángeles te sostendrán para que no hieras tu pie cayendo sobre las piedras (5). ¡Locura, necedad! exclama San Pedro Crisólogo. ¿No era mas propio haber dicho: si eres Hijo de Dios, elévate á vista de la muchedumbre, remóntate al cielo en alas de los ángeles? (6) Pero ni aun tentando aconseja el demonio al

(1) Ergo si quis non vescitur Verbo Dei, iste non vivit. (Raban. in Cat. aurea.)

(2) Si mens rectori suo subdita et supernis muneribus delectata, terrenæ voluptatis incitamenta calcaverit, et in suo mortali corpore regnare peccatum non sinerit, ordinatissimum tenebit ratio principatum, et munitiones ejus nulla spiritalium nequitiarum labefactabit illusio: quia tunc est vera pax hominis et vera libertas, quando et caro animo judice regitur, et animus Deo præside gubernatur. (S. Leo, Serm. 1 de Quadrag.)

(3) Matth. IV, 5.

(4) Ascendit super pinnaculum inimicus ut provocet: sequitur Dominus ut triumphet. (S. Joann. Chris., Hom. 5 ex variis.)

(5) Matth. IV, 6.

(6) ¡O signum: mitte te deorsum! Convenientius dixisset: si filius Dei es, ascende in cælum: cum sit hominis ad ima cadere. (S. Petr. Chris., Serm. 10 de jejun.)

hombre que haga esfuerzos para subir al cielo (1). Con estas palabras quiere estimular su vanidad y su orgullo, para que haga ostentacion de sí mismo arrojándose de lo alto. Es el medio de que se valió desde el principio y se vale siempre para precipitar al hombre que fiado de sí mismo, y presumiendo que posee en su razon medios suficientes para lanzarse á la conquista de soñada gloria, se abandona á merced de sus propias ideas, y cae en el abismo del error y del vicio. Contra Jesucristo es en vano. A una frase mal traída de la Escritura Santa, opone otra sentencia legítimamente aplicada, y destruye la astuta tentacion: escrito está tambien: no tentarás al Señor tu Dios (2). No seremos vencidos tampoco nosotros, si grabamos en nuestro corazon estas palabras, y recordamos siempre el ejemplo de Jesucristo para no exponernos al peligro, fiados en nuestras fuerzas, y presumiendo de un auxilio á que no tenemos derecho, y que Dios niega siempre á los soberbios, y da tan solo á los humildes de corazon (3).

Segunda vez vencido el enemigo, prepara nuevo ataque (4). Lleva á Jesus á lo alto de un monte, preséntale en perspectiva la grandeza de todos los reinos de la tierra, y le dice: Todo esto te daré, si postrándote á mis pies, me adoras (5). Ved aquí propuesto desvergonzadamente el pecado, la idolatría con la promesa de la gloria mundana, del engrandecimiento en el poder, y de la posesion del oro. Esta es la tentacion mas fuerte, y la que

(1) Inimicus cæli nequidem tentando, ascensum vult persuadere cælestem. (S. Maxim. *Hom. 2 de jejun. Christi.*)

(2) Matth. IV, 6.

(3) I Petr. V, 5.

(4) Quia Christus retia ventris diruperat, retia vanæ gloriæ transiverat, ponit ei retia avaritiæ. (S. Joann Chris., *Hom. 5.*)

(5) Matth. IV, 9.

mas estragos causa en el corazon de los sencillos. Sábelo bien el tentador, lo mismo que los que están animados de su espíritu, y hacen uso de ella en último término para cantar victoria; y la cantan no pocas veces, comprando la conciencia de muchos que venden su cuerpo, su corazon y su alma, por el falso brillo de los honores, del poder y de las riquezas. Este mal reina en todas partes, esta peste se apodera de un sinnúmero de almas, dice San Cipriano; ella es el incentivo de la prostitucion, el fomes del adulterio, el móvil de los mayores delitos, y hasta en la muerte del Salvador vino á ingerirse el amor del lucro, no perdonando ni á su vida el deseo de una ganancia (1). Por ello dice San Pablo: los que anhelan hacerse ricos, caen en la tentacion y en el lazo que les prepara el diablo, y en muchos deseos inútiles, que arrastran á los hombres á la muerte y á la perdicion eterna; porque la raiz de todos los males es la avaricia, la cual, codiciando algunos, se desviaron de la fe y abandonaron á Dios (2).

¿Extrañaremos, pues, que Jesucristo, que respondiera con mansedumbre á las primeras instigaciones del tentador, al oír esta proposicion de renunciar á Dios y adorarle á él en cambio de bienes materiales, se llene de santa indignacion, y le diga con voz poderosa: apártate, Satanás; escrito está: adorarás al Señor tu Dios, y á él servirás? (3) Con esto nos enseña, dice San Juan Crisóstomo, que suframos con resignacion y magnanimidad

(1) Malum hoc in universa Ecclesia vagatur, et communis pestilentia innumerabiles occupat.... usque ad mortem Domini amor lucri se ingerit, nec vitæ Salvatoris quæstus desiderium parcat. (S. Ciprian., seu auctor de operib. Cardin. Christi, *Serm. de jejun. et tentat. Domini.*)

(2) I Timoth. VI, 10.

(3) Matth. IV, 10.

cualquiera injuria que se nos haga; pero ni siquiera consentamos en escuchar las que se hacen á Dios (1), y en dar oídos á la tentacion que nos propone hacer de la criatura el ídolo de nuestro corazon. ¿Cómo habia de vencer el demonio ofreciendo honores y riquezas á Jesucristo que, siendo Señor de todo, voluntariamente se habia reducido á la humillacion y á la pobreza? Ni tampoco nos vencerá á nosotros, si no olvidamos que somos de Dios, y á él solo debemos la adoracion y el amor; si recordamos que no es feliz el que abunda en bienes materiales, sino el que tiene á Dios por su único Señor (2); y grabamos en nuestro corazon con el ejemplo de Jesucristo la sentencia que salió un dia de sus labios divinos: ¿de qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? (3)

¿Reconoceis ya, Señores, en Jesucristo al restaurador de todas las cosas, al modelo de la humanidad, para que venciendo al que la esclavizó en el paraíso, recobre la grandeza perdida, y se levante hasta Dios, haciéndose semejante á Dios hecho hombre? Resolvámonos, pues, á vivir segun su espíritu, imitando á Jesucristo, que es el modelo para todos los estados de la vida.

(1) Ut nos illius discamus exemplo nostras quidem injurias magnanimiter sustinere, Dei autem injurias nec usque ad auditum sufferre. (S. Joann. Chris., *loc. cit.*)

(2) Psalm. CXLIII, 15.

(3) Matth. XVI, 26.

SEGUNDA PARTE.

El hombre quiso ser como Dios, pero quiso debérselo á sí mismo, buscarlo por medio de las criaturas, y lograrlo con la satisfaccion de su sensualidad. Erró el camino, desordenó sus ideas y sus sentimientos, y separándose de Dios, se imposibilitó para llegar hasta él. El Criador tenia derecho á condenarle irremisiblemente á participar de la maldicion eterna, lanzada contra el ángel rebelde, á quien imitó en su prevaricacion; pero lleno de misericordia, le prepara el remedio que le anunció desde luego, no pronunciando anatema sobre él, dice Tertuliano, porque se disponia á restaurarle por medio de su Verbo que se haria hombre (1). Le castiga porque es criminal, pero se compadece porque es desgraciado, y no muda sus designios sobre él. Le ha criado á su imagen, y quiere todavía, y quiere siempre que sea semejante á Dios: no solo lo quiere, sino que se lo manda, y le dice en persona de Abraham: Camina en mi presencia, sé perfecto (2); y por boca del Verbo encarnado: Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial (3); y finalmente por su Apóstol: Sed imitadores de Dios como hijos suyos muy amados (4).

(1) Etsi Adam propter statum legis deditus morti est, sed spes ei salva facta est, dicente Domino: ecce Adam quasi unus ex nobis factus est, de futura scilicet allectione hominis in divinitatem.... Ideoque nec maledixit ipsum Adam, nec Evam, ut restitutionis candidatos. (Tertull. *lib. 2. adv. Marcion., c. 25.*)

(2) Gen. XVII, 1.

(3) Matth. V, 48.

(4) Ephes. V, 1.

Porque la criatura no puede por sí misma subir hasta Dios, Dios baja hasta ella: Dios se hace hombre, para que el hombre se haga Dios (1). Tomando para sí la naturaleza humana, dice á la descendencia de Adán: O hombres, ¿quereis ser como Dios? Sedlo; esta es mi voluntad. No habeis sabido serlo por vosotros mismos; yo me hago hombre semejante á vosotros: haceos semejantes á mí, que soy Dios, y sereis como Dios (2). ¡Bondad inefable del Verbo, humillándose al nivel de sus criaturas! ¡Diseño admirable de Dios Padre para rehabilitar al hombre! Mision sublime de Jesucristo, que en su persona eleva la naturaleza humana al sér divino, y obrando como hombre, enseña á este á levantarse de su abyeccion, y lograr la participacion de Dios y la gloria que este le destina.

A fin de que esta enseñanza llegue á todos los siglos, el Evangelio, escrito por inspiracion divina para ser el libro de todos los hombres, nos describe la historia de Jesus humillado y pobre en el pesebre, sometido á la ley de la circuncision, desterrado y perseguido en su infancia, ganando el sustento con el sudor de su rostro en Nazaret, sujeto á la obediencia de María y de José, y rodeado de pobreza, de fatiga y de dolor en toda la serie de sus años sobre la tierra. Por ello tambien la Iglesia, animada del espíritu de Jesucristo, nos recuerda en sus festividades los misterios de la vida del Salvador, para que se impriman en nuestra memoria y en nuestro corazon, y nos lleven á imitarle. Por ello el arte cristiano, en hermosos cuadros y admirables estatuas, nos pone

(1) Factus est Deus homo, ut homo fieret Deus. (S. Aug., *Serm. 9 de Nativit.*)

(2) Venit secundus Adam, ut imaginem in nobis suam ac similitudinem exemplis suis restauraret. (Beda *in Hexameron.*)

delante las escenas de Belén y de Nazaret, de Jerusalen y del Calvario, y la piedad de los fieles se alimenta á la vez que se goza en las sencillas representaciones que hablan al espíritu mejor que los discursos mas elocuentes, haciéndonos oír en nuestra alma la palabra del Libro Santo: «Mira, y haz segun el modelo que te se ha presentado.» (1) «Os he dado ejemplo para que hagais lo que yo he hecho.» (2) Por ello, en fin, la Iglesia Católica nos repite en su Símbolo, para que no lo olvidemos: «Por nosotros los hombres, y para nuestra salud, descendió de los cielos, se encarnó, se hizo hombre.» (3) Por nosotros y para nuestra salud eterna, que exige la imitacion de nuestro Redentor, porque no la alcanzaremos si no nos hacemos semejantes á él, que es el primogénito de los predestinados (4).

Esto es lo que movia al Apóstol San Pablo á escribir á los Romanos: «Pasó la noche del pecado, y amaneció el día de la redencion. Arrojemus, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz: caminemos honestamente como de día, no en embriaguez y comilonas, no en fornicacion y lascivia, no en contiendas y emulacion envidiosa del bien ajeno, sino vestíos de Nuestro Señor Jesucristo, y no andeis solícitos en busca de la satisfaccion de la carne y de sus concupiscencias (5). Vestíos de Jesucristo, esto es, explica San Juan Crisóstomo, brillen en vosotros el espíritu de Jesus, su gracia, sus virtudes y su vida, de tal manera, que no aparezca sino Cristo en vuestras costumbres, como en el

(1) Exod. XXV, 40.

(2) Joann. XIII, 15.

(3) Simbol. Constantinop.

(4) Rom. VIII, 29.

(5) Id. XIII, 12 et seq.

hombre vestido, solo se ve su vestidura.» (1) Desnudaos del hombre viejo, escribe el mismo Apóstol á los Colosenses, y vestíos del nuevo, formado á imágen del que le crió (2). Tened en vosotros, dice á los Filipenses, los mismos sentimientos de Cristo Jesus, que siendo Dios, se humilló y se hizo obediente hasta la muerte de Cruz, y por ello Dios Padre le exaltó y le dió un nombre sobre todo nombre (3). Este es el asunto de toda la predicacion del grande apóstol, este el compendio de toda su doctrina, este el objeto de su celo y de sus fatigas, que Cristo sea formado en nosotros (4), que llevemos la imágen del hombre celestial (5), creciendo incesantemente hasta ser varones perfectos, hasta la medida de la plenitud de Cristo (6).

Y con razon, hermanos, nos gloriamos del nombre de cristianos. Este nombre nos califica de discípulos y seguidores de Cristo. Comprendamos, pues, que el espíritu del cristianismo no es otro que el que se espresa en esa doctrina del Apóstol. Ser cristiano, dicen los Santos Padres, es ser otro Cristo, es tener los mismos sentimientos de Cristo Jesus, juzgar de las cosas como él las ha juzgado, desear lo que él ha deseado, y obrar siempre en conformidad á esos sentimientos.

¿Cuál es el juicio de Jesucristo sobre lo que llamamos bienes y males de la vida presente, las riquezas y

(1) Christum induere, est Christi virtutes in se exprimere, idque copiose et perfecte. Induere Christum est undique in nobis per sanctimoniam et mansuetudinem Christum in nobis esse perspicuum. Homo enim indutus id esse videtur, quod indutus est: appareat itaque in nobis Christus. (S. Joann. Chrisost.)

(2) Coloss. III, 10.

(3) Philip. II, 5 et seq.

(4) Gal. IV, 19.

(5) I Cor. XV, 49.

(6) Ephes. IV, 7.

la pobreza, las honras y las humillaciones, la molicie y el trabajo? Dueño era de todos esos bienes, poderoso para alejar de sí todos esos males: sin embargo, miradle desde el pesebre á la cruz. Se anonadó á sí mismo, se hizo obediente, se abrazó con la pobreza, y habiéndosele propuesto el goce, prefirió la Cruz (1). A ejemplo suyo, pues, debemos juzgar despreciables esos llamados bienes que el Hijo de Dios no quiere para sí; debemos mirarlos como indignos de esclavizar nuestro corazon criado para mayor grandeza, y ni apegarnos á ellos, si los tenemos, ni creernos desgraciados si de ellos carecemos, ni andar en su seguimiento como si fuesen el ideal de nuestra existencia. Debemos á ejemplo de Jesus vivir en la humildad, aceptar la pobreza, y el trabajo y el dolor como expiacion del pecado, y como un medio de practicar virtudes que nos hagan semejantes á él, y nos preparen un peso de gloria incomparablemente superior á cuanto se ambiciona en la tierra.

¿Cuáles son los deseos de Jesucristo? Hacer en todo la voluntad del Padre y procurar su gloria. Este es mi alimento, dice (2); no he venido al mundo para otra cosa (3); no busco mi gloria, porque hay quien la busca, que es mi Padre (4). En el momento mismo de su Encarnacion esclama: quereis de mí el sacrificio, Dios mio, yo lo quiero tambien: tu voluntad es la ley escrita en medio de mi corazon (5); y por ello abraza una vida de cruz para dar gloria á Dios y salvar al mundo. Así nos enseña lo que ha de ser objeto constante de nuestros deseos: el

(1) Hebr. XII, 2.

(2) Joann. 4, 34.

(3) Id. VI, 38.

(4) Id. VIII, 50.

(5) Hebr. X, 9.

cumplimiento de la voluntad divina en cualquier estado que nos ponga, nuestra salvacion, la adquisicion de un reino eterno, la posesion de bienes inmensos é infinitos, la union con Dios, en una palabra, exclamando con el Rey Profeta: ¿qué hay para mí en el cielo, y qué quiero de ti en la tierra? El Dios de mi corazon, que es mi herencia para siempre (1).

Hombres todos, fijad siempre los ojos en Jesucristo. No lo olvidéis: es Dios que se ha hecho hombre, para que el hombre se haga Dios (2). El Padre, con amoroso designio, le ha enviado á la tierra, para que en él y por él sean restauradas todas las cosas; esto es, se restablezca el órden que alteró el pecado, se reanuden las relaciones entre Dios y el hombre, se levante este de su postracion, deje de buscar su destino en la tierra, y aspirando al cielo, vuelva á ser la imágen de Dios; es decir, á pensar, á amar y á obrar á semejanza de Dios, para llegar á la union eterna con él. Miradle siempre, contempladle, y cuando al verle niño que llora, jóven que suda trabajando, y hombre sometido á la pobreza, á la calumnia, á la persecucion y al tormento, y siempre dulce, siempre pacífico y bondadoso, que pasa derramando bienes (3), orando y sacrificándose por los mismos que le odian y crucifican (4), os sintais penetrados de admiracion profunda y de veneracion santa, escuchad su voz, que os dice: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon (5); haced lo que yo he hecho (6).

(1) Psalm. LXXII, 26.

(2) Factus est Deus homo, ut homo fieret Deus. (S. August. *Serm.* 9 *de Nativ.*)

(3) Act. X, 38.

(4) Luc. XXIII, 34.—S. Petr. II, 23.

(5) Matth. XI, 29.

(6) Joann. XIII, 15.

¿Sois ricos, sois sábios, sois poderosos? Aprended de mí, que no he amado la riqueza, ni la he querido para mí: emplead como yo vuestra ciencia en enseñar la verdad, y vuestro poder en hacer bien á todos. ¿Sois pobres, os veis sujetos á la fatiga y al trabajo? Aprended de mí, que me he hecho pobre, y he vivido en trabajo desde mi juventud (1), para enseñaros á sobrellevar con resignacion las penalidades. Viéndome á mí puesto á vuestro nivel, no os tengais por rebajados ante los hombres, antes bien, reputaos por honrados con lo que fué mi honra en la tierra. Venid á mí los que trabajais y estais sobrecargados, y yo os aliviare, y os daré fuerzas con mi ejemplo, con mi gracia, y con la esperanza de una gloria inmortal (2). Los que padeceis, los que sentís el peso de la calumnia, y las amarguras de la persecucion, y las angustias del dolor, venid, miradme, aprended de mí á aceptar el cáliz amargo, á sufrir resignados, á devolver bien á quien os hace mal, á someteros en todo á la voluntad del Padre, que en ello es glorificado, y que viéndoos semejantes á mí, os contempla con amor y os prepara un reino eterno.

Recordadlo siempre, hermanos, porque no debemos olvidarlo jamás. El dia del pecado pronunció Dios una sentencia irrevocable: Maldita la tierra en tu obra, espinas y abrojos germinará para ti, con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas á la tierra de que fuiste formado, porque polvo eres, y en polvo te convertirás (3). Hijos todos del primer pecador, que mereció oír esa sentencia, herederos de su pecado y pecadores

(1) Psalm. LXXXVII, 16.

(2) Matth. XI, 28.

(3) Gen. III, 17.

como él, heredamos también su castigo. Haga cuanto quiera el hombre, ponga en tortura sus facultades, someta la materia á multiplicadas transformaciones, ensaye mil medios para convertir la tierra en paraíso de delicias. Todo será inútil: nunca será más que un valle de lágrimas, un lugar de expiación, un campo de lucha, una región de destierro, y siempre será una verdad lo que decía el Santo Job: El hombre, nacido de mujer, vive breve tiempo, lleno de muchas miserias (1).

Ahora bien, hermanos; el Hijo Eterno de Dios, haciéndose hombre, quiso participar de ese triste patrimonio de la humanidad, para enseñarnos con su ejemplo á mirarlo como la justa expiación del pecado, y á que nos sometamos resignados á la justicia que la impone, haciendo de nuestra suerte temporal, cualquiera que ella sea, la base de nuestra rehabilitación para levantarnos con Jesucristo á las alturas de la gloria. Cuando se acercaba la hora del gran sacrificio que nos mereció la adopción de hijos de Dios y el derecho á la herencia del cielo, dijo á sus discípulos: voy á prepararos un lugar (2); á vosotros, que permanecisteis conmigo en mis tentaciones y pruebas, os dispongo un reino para que goceis eternamente en mi compañía en la casa de mi Padre (3). Permanezcamos fieles nosotros, y esa será nuestra suerte: imitémosle, y estaremos donde él está (4). A los que son conformes á la imagen de su Hijo los predestina Dios Padre á la eterna glorificación (5), á la felicidad que se propuso dar al hombre hecho á imagen y semejanza suya.

(1) Job. XIV, 1.

(2) Joann. XIV, 2.

(3) Luc. XXII, 29.

(4) Joann. XII, 26.

(5) Rom. VIII, 29.

¿Le imitamos, Señores? ¿Es su humildad y su mansedumbre, su desprendimiento de la tierra, su obediencia, su caridad y su amor á la cruz; en una palabra, son los sentimientos de Cristo Jesús nuestros sentimientos? Rubor causa el confesarlo, pero es una triste verdad. Estamos muy lejos de ser lo que dice nuestro nombre de cristianos, seguidores de Cristo. El lujo, el fausto, la sed devoradora de riquezas, el horror á la pobreza, el orgulloso desprecio del pequeño, el espíritu de odio y de venganza, el hambre insaciable de goces sensuales que se descubren en todas las clases, representan más bien la vida de los llamados dioses del paganismo, que la vida de Jesucristo. ¡Ah, hermanos! Confundámonos. Es una verdad constante que todos nuestros actos tendrán siempre por principio, ó el hombre nuevo ó el hombre viejo, ó el espíritu de Jesucristo, ó el de Adán caído en el pecado. Si interior y exteriormente nos gobernamos por los sentimientos del hombre viejo, somos terrenos (1), culpables, enemigos de Dios. Si por los sentimientos del hombre nuevo criado según Dios, todo en nosotros será santo, y conforme á la vida de Jesucristo, seremos hijos de Dios, y como tales herederos de su gloria (2). Viva-mos, pues, de Jesucristo, aprendamos de este divino modelo á hablar, á obrar, á sufrir, á vivir, á morir como él, si con él queremos reinar eternamente.

(1) I Cor. XV, 47.

(2) Rom. VIII, 14, 17.